

En cada ejemplar de la colección  
Cara y Cruz  
el lector encontrará dos libros distintos  
y complementarios.

Si quiere leer

## Cuentos del encierro

empiece por esta,  
la sección «Cara» del libro.

Si prefiere ahora conocer ensayos  
sobre el texto y una cronología,  
dele vuelta al libro y empiece por la tapa  
opuesta, la sección «Cruz».



# Cuentos del encierro

Cuentos del encierro / compiladores Silvia Garavito, Dayana Mick, Laura Rojas, Francisco Soler, Javier Velásquez. -- Edición Fanuel Hanán Díaz.

Bogotá : Educativa, 2020.

298 páginas : 13,7 x 21 cm. -- (Colección cara y cruz)

ISBN 978-607-13-1215-0

1. Cuentos infantiles colombianos 2. Literatura infantil colombiana 3. Confinamiento  
4. Locura 5. Cuentos de terror 6. Cuentos de ciencia ficción I. Garavito, Silvia, compilador II. Mick, Dayana, compilador III. Rojas, Laura, compilador IV. Soler, Francisco, compilador V. Velásquez, Javier, compilador VI. Díaz, Fanuel, editor VII. Serie.

Co863.6

CEP-Educativa S.A.S.

*Cuentos del encierro*

D.R. © Felisberto Hernández, *El balcón*.

D.R. © Evelio Rosero, *Encierros*.

D.R. © Carolina Abello Onofre por la traducción de *La canción del hombre lobo*,  
*La tortura de la esperanza*, *Los prisioneros de Longjumeau*, *Una pasión en el desierto*.

D.R. © Laura Andrade por la traducción de *El canario*, *El loco*, *La apuesta*,  
*La historia del difunto señor Elvesham*, *La puerta del señor Malétoit*.

D.R. © María del Pilar Londoño por la traducción de *El entierro prematuro*,  
*El empapelado amarillo*, *El pozo y el péndulo*.

D.R. © María de las Mercedes Ortiz por la traducción de *El cazador Graco*.

D.R. © 2020, Educativa S. A. S.

D.R. © 2020, Educa Inventia, S.A. de CV.

Av. Río Mixcoac 274, piso 2 Colonia Acacias,

Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación.

\* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de CV,  
a favor de Educa Inventia, S.A. de CV.

Primera edición: octubre 2021

Edición: Fanuel Hanán Díaz

Ensayos: Silvia Garavito, Dayana Mick,  
Laura Rojas, Francisco Soler y Javier Velásquez

Corrección: Fernando Alviar

Diagramación: María Victoria Mora

Diseño de cubierta: Fernando Buriticá

Diseño de la colección: Estudio Pep Carrió

Jefe centro de diseño: Gloria Esperanza Vásquez

Impreso en México - *Printed in México*

ISBN: 978-607-13-1215-0



# Cuentos del encierro



[www.normainfantilyjuvenil.com/mx](http://www.normainfantilyjuvenil.com/mx)



## CONTENIDO

<b>El loco</b>	
Yibrán Jalil Yibrán .....	11
<b>El alambre de púa</b>	
Horacio Quiroga .....	13
<b>El canario</b>	
Katherine Mansfield .....	27
<b>La puerta del señor de Malétoit</b>	
Robert Louis Stevenson .....	33
<b>Una pasión en el desierto</b>	
Honoré de Balzac .....	59
<b>El cazador Graco</b>	
Franz Kafka .....	79
<b>La canción del hombre lobo</b>	
Marie de France .....	85
<b>La apuesta</b>	
Antón Chéjov .....	93
<b>Encierros</b>	
Evelio Rosero .....	103
<b>El balcón</b>	
Felisberto Hernández .....	105
<b>La historia del difunto señor Elvesham</b>	
Herbert George Wells .....	123
<b>El empapelado amarillo</b>	
Charlotte Perkins Gilman .....	147
<b>Los prisioneros de Longjumeau</b>	
Léon Bloy .....	169

<b>La compuerta número 12</b>	
Baldomero Lillo .....	177
<b>La tortura de la esperanza</b>	
Auguste Villiers de L'Isle-Adam .....	187
<b>El pozo y el péndulo</b>	
Edgar Allan Poe .....	195
<b>El entierro prematuro</b>	
Edgar Allan Poe .....	215
<b>El loro que pide libertad</b>	
Tradición oral de India .....	233

## EL LOCO

Yibrán Jalil Yibrán —

Traducción: Laura Andrade Quintero

Fue en el jardín de un manicomio en donde conocí a un joven de rostro pálido y hermoso, y lleno de encanto. Me senté a su lado en una banca y le pregunté: «¿Por qué estás aquí?».

Él me miró con asombro y dijo: «Es una pregunta inapropiada, sin embargo, responderé. Mi padre quiso hacer de mí una copia de sí mismo, al igual que mi tío. Mi madre deseaba que fuera la imagen de su esposo marino, como el perfecto ejemplo a seguir. Mi hermano piensa que yo debería ser como él, un excelente atleta.

»Y también mis profesores, el doctor en filosofía, y el maestro de música, y el de lógica, ellos también estaban decididos. Cada uno de ellos quiso que yo fuera el reflejo de su propio rostro en el espejo.

»Por eso vine a este lugar. Lo encuentro más cuerdo. Al menos, puedo ser yo mismo».

Entonces, de pronto, se volvió hacia mí y dijo: «Pero dime, ¿también te trajeron aquí la educación y los buenos consejos?».

Y respondí: «No, soy un visitante».

Y él añadió: «Ah, tú eres uno de esos que vive en el manicomio del otro lado del muro».



## EL ALAMBRE DE PÚA

Horacio Quiroga —

Durante quince días el alazán había buscado en vano la senda por donde su compañero se escapaba del potrero. El formidable cerco, de capuera —desmote que ha rebrotado inextricable— no permitía paso ni aún a la cabeza del caballo. Evidentemente, no era por allí por donde el malacara pasaba.

Ahora recorría otra vez la chacra, trotando inquieto con la cabeza alerta. De la profundidad del monte, el malacara respondía a los relinchos vibrantes de su compañero con los suyos cortos y rápidos, en que había una fraternal promesa de abundante comida. Lo más irritante para el alazán era que el malacara reaparecía dos o tres veces en el día para beber. Prometíase aquel entonces no abandonar un instante a su compañero, y durante algunas horas, en efecto, la pareja pastaba en admirable conserva. Pero de pronto el malacara, con su sogá a rastra, se internaba en el chircal, y cuando el alazán, al darse cuenta de su soledad, se lanzaba en su persecución, hallaba el monte inextricable. Esto sí, de adentro, muy cerca aún, el maligno malacara respondía a sus desesperados relinchos, con un relinchillo a boca llena.

Hasta que esa mañana el viejo alazán halló la brecha muy sencillamente: Cruzando por frente al chircal que desde el monte

avanzaba cincuenta metros en el campo, vio un vago sendero que lo condujo en perfecta línea oblicua al monte. Allí estaba el malacara, deshojando árboles.

La cosa era muy simple: el malacara, cruzando un día el chircal, había hallado la brecha abierta en el monte por un incienso desarraigado. Repitió su avance a través del chircal, hasta llegar a conocer perfectamente la entrada del túnel. Entonces, usó del viejo camino que con el alazán habían formado a lo largo de la línea del monte. Y aquí estaba la causa del trastorno del alazán: la entrada de la senda formaba una línea sumamente oblicua con el camino de los caballos, de modo que el alazán, acostumbrado a recorrer esta de sur a norte y jamás de norte a sur, no hubiera hallado jamás la brecha.

En un instante estuvo unido a su compañero, y juntos entonces, sin más preocupación que la de despuntar torpemente las palmeras jóvenes, los dos caballos decidieron alejarse del malhadado potrero que sabían ya de memoria.

El monte, sumamente árido, permitía un fácil avance, aun a caballos. Del bosque no quedaba en verdad sino una franja de doscientos metros de ancho. Tras él, una capuera de dos años se empenachaba de tabaco salvaje. El viejo alazán, que en su juventud había correteado capueras hasta vivir perdido seis meses en ellas, dirigió la marcha, y en media hora los tabacos inmediatos quedaron desnudos de hojas hasta donde alcanza un pescuezo de caballo.

Caminando, comiendo, curioseando, el alazán y el malacara cruzaron la capuera hasta que un alambrado los detuvo.

—Un alambrado —dijo el alazán.

—Sí, alambrado —asintió el malacara.

Y ambos, pesando la cabeza sobre el hilo superior, contemplaron atentamente. Desde allí se veía un alto pastizal de viejo rozado, blanco por la helada; un bananal y una plantación nueva. Todo ello

poco tentador, sin duda; pero los caballos entendían ver eso, y uno tras otro siguieron el alambrado a la derecha.

Dos minutos después pasaban: un árbol, seco en pie por el fuego, había caído sobre los hilos. Atravesaron la blancura del pasto helado en que sus pasos no sonaban, y bordeando el rojizo bananal, quemado por la escarcha, vieron entonces de cerca qué eran aquellas plantas nuevas.

—Es yerba —constató el malacara, haciendo temblar los labios a medio centímetro de las hojas coriáceas. La decepción pudo haber sido grande; mas los caballos, si bien golosos, aspiraban sobre todo a pasear. De modo que cortando oblicuamente el yerbal, prosiguieron su camino, hasta que un nuevo alambrado contuvo a la pareja. Costearonlo con tranquilidad grave y paciente, llegando así a una tranquera, abierta para su dicha, y los paseantes se vieron de repente en pleno camino real.

Ahora bien, para los caballos, aquello que acababan de hacer tenía todo el aspecto de una proeza. Del potrero aburridor a la libertad presente, había infinita distancia. Mas por infinita que fuera, los caballos pretendían prolongarla aún, y así, después de observar con perezosa atención los alrededores, quitáronse mutuamente la caspa del pescuezo, y en mansa felicidad prosiguieron su aventura.

El día, en verdad, favorecía tal estado del alma. La bruma matinal de Misiones acababa de disiparse del todo, y bajo el cielo súbitamente puro, el paisaje brillaba de esplendorosa claridad. Desde la loma, cuya cumbre ocupaban en ese momento los dos caballos, el camino de tierra colorada cortaba el pasto delante de ellos con precisión admirable, descendía al valle blanco de espartillo helado, para tornar a subir hasta el monte lejano. El viento, muy frío, cristalizaba aún más la claridad de la mañana de oro, y los caballos, que sentían

de frente el sol, casi horizontal todavía, entrecerraban los ojos al dichoso deslumbramiento.

Seguían así, solos y gloriosos de libertad en el camino encendido de luz, hasta que al doblar una punta de monte vieron a orillas del camino cierta extensión de un verde inusitado. ¿Pasto? Sin duda. Más en pleno invierno...

Y con las narices dilatadas de gula, los caballos se acercaron al alambrado. ¡Sí, pasto fino, pasto admirable! ¡Y entrarían, ellos, los caballos libres!

Hay que advertir que el alazán y el malacara poseían, desde esa madrugada, alta idea de sí mismos. Ni tranquera, ni alambrado, ni monte, ni desmonte, nada era para ellos obstáculo. Habían visto cosas extraordinarias, salvando dificultades no creíbles, y se sentían gordos, orgullosos y facultados para tomar la decisión más estrafularia que ocurrírseles pudiera.

En este estado de énfasis, vieron a cien metros de ellos varias vacas detenidas a orillas del camino, y encaminándose allá llegaron a la tranquera, cerrada con cinco robustos palos. Las vacas estaban inmóviles, mirando fijamente el verde paraíso inalcanzable.

—¿Por qué no entran? —preguntó el alazán a las vacas.

—Porque no se puede —le respondieron.

—Nosotros pasamos por todas partes —afirmó el alazán, altivo—. Desde hace un mes pasamos por todas partes.

Con el fulgor de su aventura, los caballos habían perdido sinceramente el sentido del tiempo. Las vacas no se dignaron siquiera mirar a los intrusos.

—Los caballos no pueden —dijo una vaquillona movediza—. Dicen eso y no pasan por ninguna parte. Nosotras sí pasamos por todas partes.

—Tienen sogá —añadió una vieja madre sin volver la cabeza.

—¡Yo no, yo no tengo sogá! —respondió vivamente el alazán—.

Yo vivía en las capueras y pasaba.

—¡Sí, detrás de nosotras! Nosotras pasamos y ustedes no pueden.

La vaquillona movediza intervino de nuevo:

—El patrón dijo el otro día: a los caballos con un solo hilo se los contiene. ¿Y entonces?... ¿Ustedes no pasan?

—No, no pasamos —repuso sencillamente el malacara, convencido por la evidencia.

—¡Nosotras sí!

Al honrado malacara, sin embargo, se le ocurrió de pronto que las vacas, atrevidas y astutas, impenitentes invasoras de chacras y del Código Rural, tampoco pasaban la tranquera.

—Esta tranquera es mala —objetó la vieja madre—. ¡Él sí! Corre los palos con los cuernos.

—¿Quién? —preguntó el alazán.

Todas las vacas volvieron hacia él la cabeza con sorpresa.

—¡El toro, Barigüí! Él puede más que los alambrados malos.

—¿Alambrados?... ¿Pasa?

—¡Todo! Alambre de púa también. Nosotras pasamos después.

Los dos caballos, vueltos ya a su pacífica condición de animales a que un solo hilo contiene, se sintieron ingenuamente deslumbrados por aquel héroe capaz de afrontar el alambre de púa, la cosa más terrible que puede hallar el deseo de pasar adelante.

De pronto las vacas se removieron mansamente: a lento paso llegaba el toro. Y ante aquella chata y obstinada frente dirigida en tranquila recta a la tranquera, los caballos comprendieron humildemente su inferioridad.

Las vacas se apartaron, y Barigüí, pasando el testuz bajo una tranca, intentó hacerla correr a un lado.

Los caballos levantaron las orejas, admirados, pero la tranca no corrió. Una tras otra, el toro probó sin resultado su esfuerzo inteligente: el chacarero, dueño feliz de la plantación de avena, había asegurado la tarde anterior los palos con cuñas.

El toro no intentó más. Volviéndose con pereza, olfateó a lo lejos entrecerrando los ojos, y costeó luego el alambrado, con ahogados mugidos sibilantes.

Desde la tranquera, los caballos y las vacas miraban. En determinado lugar el toro pasó los cuernos bajo el alambre de púa, tendiéndolo violentamente hacia arriba con el testuz, y la enorme bestia pasó arqueando el lomo. En cuatro pasos más estuvo entre la avena, y las vacas se encaminaron entonces allá, intentando a su vez pasar. Pero a las vacas falta evidentemente la decisión masculina de permitir en la piel sangrientos rasguños, y apenas introducían el cuello, lo retiraban presto con mareante cabeceo.

Los caballos miraban siempre.

—No pasan —observó el malacara.

—El toro pasó —repuso el alazán—. Come mucho.

Y la pareja se dirigía a su vez a costear el alambrado por la fuerza de la costumbre, cuando un mugido, claro y berreante ahora, llegó hasta ellos: dentro del avenal, el toro, con cabriolas de falso ataque, bramaba ante el chacarero, que con un palo trataba de alcanzarlo.

—¡Añá!... Te voy a dar saltitos... —gritaba el hombre. Barigüí, siempre danzando y berreando ante el hombre, esquivaba los golpes. Maniobraron así cincuenta metros, hasta que el chacarero pudo forzar a la bestia contra el alambrado. Pero esta, con la decisión pesada y bruta de su fuerza, hundió la cabeza entre los hilos y pasó, bajo un agudo violineo de alambres y de grampas lanzadas a veinte metros.

Los caballos vieron cómo el hombre volvía precipitadamente a su rancho, y tornaba a salir con el rostro pálido. Vieron también

que saltaba el alambrado y se encaminaba en dirección de ellos, por lo cual los compañeros, ante aquel paso que avanzaba decidido, retrocedieron por el camino en dirección a su chacra.

Como los caballos marchaban dócilmente a pocos pasos delante del hombre, pudieron llegar juntos a la chacra del dueño del toro, siéndoles dado oír la conversación.

Es evidente, por lo que de ello se desprende, que el hombre había sufrido lo indecible con el toro del polaco. Plantaciones, por inaccesibles que hubieran sido dentro del monte; alambrados, por grande que fuera su tensión e infinito el número de hilos, todo lo arrolló el toro con sus hábitos de pillaje. Se deduce también que los vecinos estaban hartos de la bestia y de su dueño, por los incessantes destrozos de aquella. Pero como los pobladores de la región difícilmente denuncian al Juzgado de Paz perjuicios de animales, por duros que les sean, el toro proseguía comiendo en todas partes menos en la chacra de su dueño, el cual, por otro lado, parecía divertirse mucho con esto.

De este modo, los caballos vieron y oyeron al irritado chacarero y al polaco cazarro.

— ¡Es la última vez, don Zaninski, que vengo a verlo por su toro! Acaba de pisotearme toda la avena. ¡Ya no se puede más!

El polaco, alto y de ojillos azules, hablaba con extraordinario y meloso falsete.

— ¡Ah, toro, malo! ¡Mí no puede! ¡Mí ata, escapa! ¡Vaca tiene culpa! ¡Toro sigue vaca!

— ¡Yo no tengo vacas, usted bien sabe!

— ¡No, no! ¡Vaca Ramírez! ¡Mí queda loco, toro!

— Y lo peor es que afloja todos los hilos, ¡usted lo sabe también!

— ¡Sí, sí, alambre! ¡Ah, mí no sabe!...

— ¡Bueno!, vea don Zaninski: yo no quiero cuestiones con vecinos, pero tenga por última vez cuidado con su toro para que no entre por el alambrado del fondo; en el camino voy a poner alambre nuevo.

— ¡Toro pasa por camino! ¡No fondo!

— Es que ahora no va a pasar por el camino.

— ¡Pasa, toro! ¡No púa, no nada! ¡Pasa todo!

— No va a pasar.

— ¿Qué pone?

— Alambre de púa... pero no va a pasar.

— ¡No hace nada púa!

— Bueno; haga lo posible porque no entre, porque si pasa se va a lastimar.

El chacarero se fue. Es como lo anterior, evidente, que el maligno polaco, riéndose una vez más de las gracias del animal, compadeció, si cabe en lo posible, a su vecino que iba a construir un alambrado infranqueable por su toro. Seguramente se frotó las manos:

— ¡Mí no podrán decir nada esta vez si toro come toda avena!

Los caballos reemprendieron de nuevo el camino que los alejaba de su chacra, y un rato después llegaban al lugar en que Barigüí había cumplido su hazaña. La bestia estaba allí siempre, inmóvil en medio del camino, mirando con solemne vaciedad de idea desde hacía un cuarto de hora, un punto fijo de la distancia. Detrás de él, las vacas dormitaban al sol ya caliente, rumiando.

Pero cuando los pobres caballos pasaron por el camino, ellas abrieron los ojos despreciativas:

— Son los caballos. Querían pasar el alambrado. Y tienen soga.

— ¡Barigüí sí pasó!

— A los caballos un solo hilo los contiene.

— Son flacos.

Esto pareció herir en lo vivo al alazán, que volvió la cabeza:

—Nosotros no estamos flacos. Ustedes, sí están. No va a pasar más aquí —añadió señalando los alambres caídos, obra de Barigüí.

—¡Barigüí pasa siempre! Después pasamos nosotras. Ustedes no pasan.

—No va a pasar más. Lo dijo el hombre.

—Él comió la avena del hombre. Nosotras pasamos después.

El caballo, por mayor intimidación de trato, es sensiblemente más afecto al hombre que la vaca. De aquí que el malacara y el alazán tuvieran fe en el alambrado que iba a construir el hombre.

La pareja prosiguió su camino, y momentos después, ante el campo libre que se abría ante ellos, los dos caballos bajaron la cabeza a comer, olvidándose de las vacas.

Tarde ya, cuando el sol acababa de entrarse, los dos caballos se acordaron del maíz y emprendieron el regreso. Vieron en el camino al chacarero que cambiaba todos los postes de su alambrado, y a un hombre rubio, que detenido a su lado a caballo, lo miraba trabajar.

—Le digo que va a pasar —decía el pasajero.

—No pasará dos veces —replicaba el chacarero.

—¡Usted verá! ¡Esto es un juego para el maldito toro del polaco!  
¡Va a pasar!

—No pasará dos veces —repetía obstinadamente el otro.

Los caballos siguieron, oyendo aún palabras cortadas:

—...reír!

—...veremos.

Dos minutos más tarde el hombre rubio pasaba a su lado a trote inglés. El malacara y el alazán, algo sorprendidos de aquel paso que no conocían, miraron perderse en el valle al hombre presuroso.

—¡Curioso! —observó el malacara después de largo rato—. El caballo va al trote y el hombre al galope.